

PLURITEMÁTICA

La identidad y el «doble transicional»



JOHANN JUNG¹ Y RENÉ ROUSSILLON²

Las formas clínicas de los sufrimientos narcisistas a los que la práctica psicoanalítica nos confronta son numerosas, y en toda cura el analista debe esperar encontrar una u otra de sus formas. Muchas de ellas acompañan los conflictos edípicos y se elaboran al mismo tiempo que estos, pero algunas encuentran en su centro un impacto identitario que opone el análisis a otras formas de resistencias, en particular ligadas a las paradojas que organizan la trama.

La identidad se presenta la mayoría de las veces de forma enigmática y esquiva, y su afirmación deja presentir hasta qué punto estar confrontados a esta cuestión plantea numerosos problemas en la práctica e invita a intentar ceñir mejor cómo este enigma puede hacernos trabajar en el núcleo de la metapsicología.

LA IDENTIDAD, LA REFLEXIVIDAD Y EL DOBLE

Para comenzar a explorar cómo pensar en su inscripción, proponemos apoyarnos sobre tres nociones clave, tres pilares que sostienen lo que se podría llamar una arquitectura del sujeto: la identidad, la reflexividad y el doble.

- 1 Profesor de Psicopatología y Psicología Clínica del Centro de Investigación de Psicopatología y Psicología Clínica, Universidad Lumière Lyon 2. johannjung@hotmail.fr
- 2 Profesor emérito de Psicopatología y Psicología Clínica del Centro de Investigación de Psicopatología y Psicología Clínica, Universidad Lumière Lyon 2. rroussillon7@gmail.com

Aunque ha sido utilizada frecuentemente la identidad permanece como una noción frágil y compleja, como lo testimonia la diversidad de sus acepciones. La identidad no parece poder captarse más que a partir de lo que no es, más que en negativo; eso nos lleva a tener que reconocer su alteridad fundadora, a tolerar su dimensión enigmática para comenzar a aclarar los planteamientos. Resistiendo a toda tentativa de definición unitaria, la identidad aparece como idéntica y no-idéntica a sí misma, aquí está su paradoja fundamental. La identidad es un proceso que organiza la relación del sujeto con su alteridad, así como la relación singular e íntima que llega a anudar consigo misma que se inscribe en el terreno de la reflexividad³.

La emergencia reciente de la problemática de la reflexividad en la metapsicología psicoanalítica marca sin duda un paso más en el abordaje de los sufrimientos narcisistas identitarios, en las formas de sufrimiento que implican las profundidades del ser y de la subjetividad. Su estudio permite explorar cómo un sujeto se ve y se siente, cómo se piensa y se representa, su propio funcionamiento psíquico, cómo refleja y se refleja a sí mismo, sus propias experiencias y cómo se construye psíquicamente a partir de estas diferentes operaciones. Pero la reflexividad marca, igualmente, la idea de una vuelta sobre sí, al mismo tiempo que un rodeo por el otro, un movimiento que abre al sujeto a una relación consigo mismo, a la vez que una relación con el otro, otro sí mismo tanto dentro como fuera de sí. La construcción de la reflexividad interna, de una relación a sí, supone pues la investidura del objeto como doble de sí, otro semejante, a la vez mismo y diferente de sí, un doble transicional (Jung, 2010; Jung y Roussillon, 2013).

Otra categoría fundamental del ser, el doble, en apariencia más accesible por el hecho de su relación intrínseca con la figurabilidad, es asimismo muy compleja debido a la pluralidad de las manifestaciones clínicas que reagrupa y de las innombrables figuras que encontramos en todos los ámbitos de la cultura. Desde su introducción en la literatura psicoanalítica, la comprensión del doble se ha ampliado considerablemente, hasta el punto

3 Para ahondar más en este vínculo, ver la obra de Roussillon *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité* (2008c).

de cubrir hoy múltiples formas, difíciles de agrupar bajo la misma noción. Se asiste, pues, a una pluralidad de modalidades del *doble* clásicamente descritas alrededor de sus aspectos defensivos y reguladores, en detrimento de las formas potenciales elaborativas y simbolizantes.

Tema profundamente enigmático, el *doble* contiene en sí mismo una paradoja, la de ser a la vez uno mismo y el otro (Rosset, 1984), y se une en este sentido a la noción de identidad. Estrechamente ligado a ella, el doble no cubre completamente la identidad, pero aparece como una de sus modalidades constitutivas, su complemento indispensable.

Esta particularidad del vínculo en doble, vuelta a la vez hacia el sujeto y hacia el objeto, presenta un interés teórico considerable para aproximar la problemática identitaria. No solo introduce una distancia, una diferencia en la relación del sujeto consigo mismo y el mundo que le rodea, sino que produce, igualmente, un vínculo de similitud con el objeto que nutre de vuelta a la identidad. Se podría decir de otra manera: el doble permite superar, transicionándola, la paradoja de una identidad, a la vez idéntica y no-idéntica a sí misma, que procedería solamente del sujeto.

EL DOBLE TRANSICIONAL

Esta puesta en perspectiva teórica nos conduce a formular la hipótesis por la cual la identidad, la relación consigo mismo, la reflexividad interna se construyen alrededor de una modalidad particular del doble que se puede llamar *transicional* y que se apuntalará sobre la función espejo del entorno (Winnicott, 1971/1995b, pp. 153-162). Esta modalidad intermedia del doble permite pensar en la problemática central de la identidad humana, de una identidad tomada con la cuestión de la alteridad, por una parte, y la cuestión de lo mismo, de lo semejante, y por otro lado, sitúa la experiencia del sujeto en el cruce entre lo intrapsíquico y la intersubjetividad.

De esta manera, la investidura de un *doble transicional* puede ser considerada como el eje a partir del cual se equilibran, sin oponerse, las investiduras narcisistas y objetales, e igualmente las categorías de dentro y de fuera, de lo mismo y de lo diferente. Esta serie de oposiciones fundamentales subtienden la paradojalidad identitaria que el doble, por su modo de figuración, buscará tratar o, más aun, superar por la vía transicional.

Desde ahora, esta modalidad de doble va a constituir el objeto privilegiado, gracias al cual un sujeto puede tratar, poner en forma, simbolizar la relación a la que escapa en su relación con el objeto y consigo mismo. En otros términos, el doble puede ser contemplado como el objeto a partir del cual la identidad se transicionaliza, sea un objeto que permite al sujeto encontrarse y captarse a sí mismo, subjetivamente, inicialmente en el vínculo que lo une al objeto, y después en la relación reflexiva consigo mismo, de la cual es heredera. Veremos que este proceso reenvía a una configuración intersubjetiva específica, marcada por la homosexualidad primaria en doble⁴ y las formas de ensamblajes estésicos y emocionales implicados (Roussillon, 2004, p. 430).

La hipótesis de un doble transicional como soporte de la construcción identitaria y subjetiva nos parece que puede ser rastreada al contrario, cada vez que un sujeto se encuentra confrontado a una amenaza que pesa sobre su identidad, desbordado en su capacidad de reflejarse a sí mismo «en doble», de cara a su experiencia: la relación de sí a sí se desorganiza, la identidad se mezcla con la alteridad, el sujeto vive entonces un estado paradójico de despersonalización, de confusión o de alienación que no le permite mantener un «sentimiento continuo de existir» (Winnicott, 1956/1969b, p. 289). En estas coyunturas clínicas, se puede decir que el sufrimiento identitario se traduce concretamente por una herida del Ser, que interfiere la reflexividad interna: el sujeto no puede ya ligarse a su espejo interno y sentirse, o experimentarse, en sí mismo, vivo.

OLIVIA

Olivia es una joven de veinticuatro años que uno de nosotros encuentra después de una tentativa de suicidio grave. Luego de sus primeras sesiones, Olivia habla fácilmente de ella misma, a veces con mucha perspectiva, lo que da la impresión de tener que ver, por momentos, con un discurso

4 Según R. Roussillon (2004), la homosexualidad primaria en el doble designa la organización de la primera relación entre la madre y el bebé sobre el modelo del doble, a partir de un tipo de interacción «en espejo».

racionalizador y desencarnado. Olivia es originaria de un pueblito del sur de Francia, que abandona a los quince años, edad en la que se la ubica en un internado a causa de sus fugas. Poco después de su mayoría de edad, se va a Sudamérica por primera vez, y vuelve para casarse y seguir estudios artísticos. Se separa de su marido un año más tarde y lleva una vida errática durante dos años; trabaja en plantaciones de palmeras, ayuda a niños desfavorecidos, viaja a países vecinos... De vuelta a Francia, se siente «rechazada» por su madre, que la disuade para que vuelva a vivir en su casa. En los meses que siguen parece que se va aislando cada vez más, hasta su tentativa de suicidio.

Olivia se acuerda de que su madre la pegaba sin razones aparentes. Describe una madre fría, robotizada, totalmente imprevisible, y asocia sus fugas como los únicos momentos de relajación: «yo tenía el control y me sentía por encima del mundo, y ya nada me podía alcanzar». Se sentía en aquellos momentos como en un mundo paralelo.

Olivia tiene el proyecto de seguir una formación en enmarcación de cuadros. Tratándose de una formación rara, Olivia piensa que hay en ella algo de marginal que interpela la mirada de los otros y que tiene dificultades para asumir. Por ejemplo, ella no puede evitar prestar atención a todo aquello que pueda ser dicho o pensado sobre ella, y ponerse en cuestión desde el momento en el cual constata la mínima distancia entre la imagen que tiene de sí misma y la imagen que el otro le reenvía. Le gustaría borrar-se de la mirada del otro, pasar desapercibida, sobre todo, comiendo. Olivia piensa que no ha tenido otras referencias más que principios morales, y es por lo que ella desearía estar «enmarcada» en su formación y sus puntos de partida. El problema es que no llega a encontrar «enmarcadores». El punto de partida se transforma en una prueba, hasta que incluso para encontrar a alguien se encuentra amenazada por angustias de descomposición que la condenan a ir hacia atrás en el camino. En estos momentos, dice que ya no puede hablar y que su único recurso es la huida.

Va a ser en este contexto en el que exprese, en un momento de crisis, de pánico, su deseo súbito de «tirarse por la ventana». Su cara se crispa, su mirada se vuelve fija, intensa, llena de terror: «Me estoy hundiendo, ya nada tiene sentido, ya no tengo nombre, estoy sufriendo». Habla de alienación. Su visión se hace ambigua, una parte de sí misma se ve como

extraña a sí misma, hasta perder toda representación de su identidad. Una impresión de blanco, de sentirse cortada de ella misma y de su experiencia acompaña esta caída vertiginosa, antes de que comience a reanimarse bajo la mirada para «juntar los átomos de sí misma» –según sus propias palabras–, comparándose entonces con un bebé que solamente tendría algunas horas de vida.

Esta secuencia revela una perturbación profunda de la reflexividad identitaria, que afecta de manera fundamental la continuidad autorrepresentativa de sí. No saber ya el nombre signa la pérdida de un vínculo reflexivo consigo, que destransicionaliza la identidad: la alteridad interna se mezcla con la identidad y emborrona al sujeto en la relación con sus objetos internos. La ligazón identitaria dentro-fuera se desorganiza, el sujeto se vive entonces como extraño a sí mismo, espectador impotente de cara a su propia desorganización.

Esta relación de transparencia consigo mismo, que puede suscitar afectos contratransferenciales de fascinación o de deslumbramiento inducidos por una aparente acuidad introspectiva, reenvía, en realidad, a un punto ciego del sujeto, a una opacidad de relación consigo mismo, generadora de angustias catastróficas. La ausencia de defensas eficaces y la búsqueda de una solución radical para manejar la amenaza de desobjetivación ponen al día el fracaso de una *reflexividad identitaria subjetivante*, garante de una distancia interna entre sí y sí, en el origen de una puesta en juego/yo (*Jeu/je*) de la identidad. Ya que si Olivia habla fácilmente de sí misma, de sus estados internos, una parte esencial de ella parece al mismo tiempo radicalmente escapársele. Esto es lo que la conduce a huir fuera de sí misma y a buscar activamente fuera esta continuidad identitaria que le falta dentro. Este *punto de fuga* que se abre sobre un mundo paralelo aparece como un punto de no-encuentro entre sí y sí, una zona escindida de la identidad del sujeto.

La figura del enmarcador puede estar pensada como una forma primaria del doble imposible de alcanzar, sobre la cual vendrá a transferirse lo que no ha podido ser reflejado por el objeto en su relación primitiva en doble. Este fracaso del vínculo primario en el doble, que garantiza una continuidad de la identidad, se traduce clínicamente por la aparición de un doble amenazante y perturbador. Como señala Freud (1919/1995), tras

Rank, el doble ha pasado de ser una garantía de supervivencia a convertirse en el inquietante embajador de la muerte (p. 237). Este fracaso ¿testimonia la incapacidad del objeto de acoplarse a los movimientos psíquicos del sujeto a la búsqueda de la reflexividad para sostener la ilusión narcisista primaria de ser sí mismo a través del otro? Dicho de otra manera, ¿cuáles son, en el núcleo de las respuestas del objeto, las particularidades susceptibles de favorecer o no el establecimiento de un doble transicional de sí? ¿Existen formas precoces del doble en el origen de las primeras experiencias subjetivas, de reagrupar y de unificar el sí mismo?

Estas cuestiones nos conducen a considerar las formas de intersubjetividades primarias, que subtienden a lo largo de la trayectoria identitaria el establecimiento de un *doble transicional* simultáneamente mismo y diferente de sí, en el origen de la creación de un espejo psíquico vivo, en el núcleo del cual el sujeto puede reflejarse y autorepresentarse.

LA TRAYECTORIA IDENTITARIA SUBJETIVA EN DOBLE: LOS DOS TIEMPOS DEL DOBLE TRANSICIONAL

En sus trabajos sobre el doble, César y Sara Botella (2001) emiten la hipótesis de un doble anímico presente desde el inicio de la vida bajo una forma indiferenciada y al mismo tiempo desconocida del sujeto (p. 106). Esta expresión del doble que ignora la alteridad no sería más que el espejo de un mundo en el cual el sujeto se refleja por proyección. Siguiendo esta perspectiva, el doble es «un ya ahí», una dádiva de la vida psíquica, al mismo tiempo que un objeto a construir, un objeto para construirse, un objeto para ser destinado a ser encontrado/creado, un objeto a partir del cual el sujeto se puede encontrar/crear a sí mismo. El doble anímico aparece como la primera forma del doble, no reconocida aún subjetivamente como tal, confundándose con la investidura primaria del objeto.

El doble anímico y la investidura psíquica que se liga aquí también se juntan –desde este punto de vista– con los trabajos de las neurociencias sobre las neuronas espejo (Rizzolatti *et al.*, 1996; Rizzolatti y Sinigaglia, 2008): el doble anímico sería a la psique lo que las neuronas espejo son al cerebro. Sin embargo, la existencia de un doble anímico fundamental en el origen de la vida psíquica nos interroga en cuanto a la capacidad ulterior

del sujeto, en cuanto a discriminar y después reconocer lo que viene de él, lo que viene de otro sujeto. Contemplado como tal, el doble anímico puede presentar una dificultad teórica y desembocar sobre un *impasse* como el narcisismo primario, cuando está concebido como una dádiva primera, funcionando desde el inicio de la vida sobre un modo autártico. El doble *anímico* –que ignora la alteridad– constituye una modalidad fundamental del funcionamiento psíquico en el estadio precoz, ¿Cómo es que este tipo de investidura –en el hilo del desarrollo– puede dar lugar a una auténtica forma de *doble*? ¿Con una alteridad implícita?

Esta cuestión nos conduce a reconsiderar la problemática del *narcisismo primario* que enmarca la construcción del vínculo precoz con el objeto. Sin entrar en los detalles del debate actual, que concierne al narcisismo primario, los aportes de la psicología del desarrollo y de las neurociencias ya no permiten hoy pensar al sujeto en una relación de indiferenciación con el entorno, y esto incluso en un estadio muy precoz del desarrollo. Desde el nacimiento, el bebé tiene la capacidad de compartir emociones sin que exista una confusión entre sí y el otro, es capaz de percibir los estados subjetivos del otro e interactuar con estos, gracias a la investidura de «un otro virtual» (Bråten, 1988; Trevarthen y Aitken, 2003, p. 314).

Los trabajos sobre la empatía, sobre la imitación precoz en vínculo con el descubrimiento de las neuronas-espejo, ilustran particularmente esta capacidad del sujeto para fabricar lo mismo, para constituir al otro como sí mismo, pero –igualmente– para preconcebirlo como distinto de sí. Por ejemplo, el bebé puede percibir y discriminar ciertas estimulaciones del objeto, en relación con sus movimientos, sin que sea capaz de concebir y de reconocer al objeto como otro sujeto provisto de intenciones y de deseos propios. Estos trabajos ponen en evidencia la paradoja por la cual el *narcisismo primario* estaría atravesado por corrientes contrarias y permite pensar en el núcleo de este, la coexistencia de dos procesos, uno orientado hacia sí mismo y el otro hacia el objeto. Estas dos corrientes retoman la distinción de un sistema de «lo mismo» y de un sistema de «lo otro», propuesto por Nicolas Georgieff (2007, p. 534).

Esta doble vectorización de la psique naciente nos lleva a distinguir –en el núcleo de la estructuración del *narcisismo primario*– dos tipos de procesos, o dos corrientes psíquicas, *a priori*, antagonistas que nutren

vínculos complejos en el hilo del desarrollo. El primer proceso forma lo que se puede llamar una corriente narcisista/anímica, destinada a asegurar una continuidad psíquica interna que tiende hacia la *identidad de percepción* y que podemos rastrear a partir de la investidura anímica en doble. Por oposición a esta primera corriente, el segundo proceso corresponde a una corriente objetal, la cual supone potencialmente el reconocimiento de una primera distinción entre los movimientos propios del sujeto, de aquellos que pertenecen al otro y, por lo tanto, de una primera forma de alteridad. En un estadio precoz, podemos pensar que estas dos corrientes no están aún armonizadas y que su diferencia no está «significada» aún subjetivamente.

Estas precisiones permiten describir en el presente los primeros tiempos del *doble transicional* que organiza la trayectoria identitaria y subjetiva en doble.

PRIMER TIEMPO: DEL DOBLE ANÍMICO AL DOBLE ENCONTRADO/CREADO

Este primer tiempo concierne a un tipo de investidura particular que consiste en un apoyo sobre los acoplamientos estésicos (Stern, 1999; Rousillon, 2004, p. 431), es decir, sobre las formas de ajuste mimo-gesto-postural para encontrarse/crearse a sí mismo a partir del objeto. Sin embargo, creemos que la concepción de un objeto doble encontrado/creado como primer espejo no puede ser pensada independientemente de la manera en la cual el objeto animado por un estado de preocupación maternal primaria invistió al sujeto de vuelta. Cuando el niño mira el rostro materno, en general lo que ve es a sí mismo, dice Winnicott (1971/1995b, p. 155). Podemos añadir: *a condición de que la madre refleje a su bebé y que lo invista como un doble*. Dicho de otra manera, y paradójicamente, *el sujeto se encuentra/crea a sí mismo allí donde es reflejado por el objeto* como doble; la investidura del objeto coincide aquí con la investidura de sí.

En el primer bucle de esta trayectoria reflexiva, se puede decir que el doble encontrado/creado «junta» o más bien armoniza la corriente anímica y la corriente objetal que atraviesa el *narcisismo primario*: la identidad es encontrada/creada a partir de la reciprocidad de las investiduras en

doble que circulan en el núcleo de la díada primitiva. De esta manera, la investidura del objeto doble encontrado/creado asegura las condiciones de una investidura de sí (animismo en doble, sistema de lo mismo) a través del otro (objetalidad, sistema de lo otro) todavía desconocido en su función de espejo primario. Este tipo de investidura que reenvía al primer nivel de la homosexualidad primaria en doble marca un primer tiempo en la estructuración del narcisismo primario. Sostiene el establecimiento de una ilusión narcisista primaria en doble, *gracias a la cual el sujeto podrá encontrarse a sí mismo allí donde es reflejado por la madre.*

Este primer momento del *doble transicional* da lugar a la constitución –bajo una forma incorporativa– de un primer sentimiento de identidad *imaginario*, de una primera forma de relación consigo mismo, en el núcleo de la cual un sujeto puede empezar a experimentarse a sí mismo en presencia del objeto. El sujeto vive entonces un estado *narcisístico primario*, un sentimiento de unidad con el objeto, y puede experimentar la experiencia de una relación de identidad, de una vivencia de continuidad con su entorno.

No obstante, esta primera forma de relación consigo mismo tiene una cierta fragilidad debido al vínculo de dependencia que une al bebé con el mundo de los objetos. La relación imaginaria consigo se encuentra sometida a las variaciones del modo de presencia del objeto y de la particularidad de sus respuestas. Es esto por lo que, cuando el sujeto no ha podido encontrar un eco suficiente de sus estados internos, esta primera forma de identidad marcada por el vínculo primario con el objeto se puede encontrar amenazada de alienación: la identidad toma entonces la forma de los aspectos narcisistas del objeto, de las particularidades de su alteridad, como lo testimonian las coyunturas clínicas en las que «la sombra del objeto ha caído sobre el yo»: la alteridad del objeto tiende a imponerse al sujeto bajo una forma de alienación desorganizadora.

La observación de Olivia nos parece que va en este sentido: sometida a una imago materna fría, rechazante e imprevisible que no ha podido acogerla y enmarcarla psíquicamente, Olivia no ha podido constituir el objeto como un doble de sí misma. La imposibilidad histórica para constituir el objeto como un doble de sí, a la vez semejante y diferente a sí misma, un doble a partir del cual el sujeto pueda organizar una reflexividad de

sí a sí, suficientemente mediatizada por el objeto, inscribirá al sujeto en un *impasse* identitario. La puesta a prueba de la reflexividad, cuando esta no ha podido establecerse suficientemente en un registro simbólico, lleva la identidad a un imaginario, confrontándola potencialmente con una amenaza de alienación: *el sujeto encuentra al otro allí donde fracasa la constitución como sí mismo*.

SEGUNDO TIEMPO: DEL DOBLE ENCONTRADO/
CREADO AL DOBLE DESTRUIDO/ENCONTRADO

En la trayectoria subjetiva que lleva a la creación de un espejo psíquico interno, la identidad se va a organizar alrededor de un segundo tiempo esencial que corresponde al momento del descubrimiento de la exterioridad del objeto y de su función espejo. Este segundo tiempo que inaugura la investidura del objeto en doble *destruido/encontrado* reenvía en el desarrollo a la puesta a prueba de un primer sentimiento de identidad, caracterizado por la unión narcisística primaria realizada con el objeto.

Hasta ahora experimentada en presencia de un objeto investido en doble *encontrado/creado*, la identidad se ve atrapada por los movimientos de discontinuidad que «atacan» la percepción de un sí unificador y armónico. El descubrimiento progresivo de la alteridad del objeto, de su capacidad reflexiva y, por lo tanto, de su participación en el establecimiento de una relación de identidad va a provocar la emergencia de movimientos de destructividad que encontrarán la capacidad de «supervivencia del objeto» (Winnicott, 1971/1995a, p. 125). De este modo, si el objeto sobrevive a la destructividad del sujeto, no respondiendo ni por la retirada ni por la retorsión, y permaneciendo creativo, entonces el sujeto podrá desprenderse progresivamente de la mirada y de las respuestas en espejo, hasta ahora indispensables para la regulación interna de su identidad.

Va a ser esta la condición por la cual el sujeto pueda comenzar a reconocer que dispone de una capacidad reflexiva independiente del objeto para establecer una primera distinción entre la representación interna del objeto doble y aquella correspondiente al objeto externo, entre la representación de sí y la representación del objeto. Este trabajo de diferenciación se va a apuntalar particularmente sobre acoplamientos emocionales entre la

madre y bebé, que caracterizan el segundo tiempo de la homosexualidad primaria en doble. Siguiendo este registro del vínculo en doble, el objeto materno no se contenta con encarnar el espejo de los estados afectivos del sujeto, «metacomunica» también sobre la relación, enviando al bebé una señal sobre aquello que le es comunicado y concierne a su propia vivencia emocional (Gergély, 2005; Roussillon, 2008a, p. 98). Esta forma de comunicación posee la particularidad de reflejar la vivencia afectiva del bebé, sin que se confunda con la de la madre; ella introduce un bucle reflexivo que permite al bebé comenzar a «pensar» y a asimilar sus propios estados afectivos implicados en la relación en doble.

Gracias al establecimiento de una representación diferenciada del objeto, el sujeto puede –por lo tanto– acceder a una autorrepresentación de sí mismo, a una relación para sí mediatizada por el objeto interno. El sujeto vuelve a jugar así, sobre la escena interna de sí a sí, lo que se ha jugado en la relación con el objeto doble externo. Desde este punto de vista, se puede considerar que esta trayectoria identitaria subjetiva en *doble*, establecida entre sí y el otro, se redoble también dentro, a partir de los objetos-dobles interiorizados.

Todos estos señalamientos conducen a pensar que la investidura de un objeto doble *destruido/encontrado* transforma profundamente la relación del sujeto consigo mismo y el mundo que lo rodea. Este momento intersubjetivo sostiene la introyección de la función reflexiva del objeto en el origen de la creación de un espejo psíquico interno, en el núcleo del cual el sujeto podrá autorrepresentarse, esta vez en ausencia del objeto. Este momento instauro lo que se puede llamar una nueva era subjetiva, marcada por el establecimiento de una *relación simbólica consigo*; reúne las condiciones de acceso a una relación de objeto diferenciada, a un *objeto/otro sujeto* en el núcleo de la cual la alteridad del objeto y también la del sujeto podrán ser potencialmente reconocidas.

Es decir que el espejo psíquico puede ser investido de otra manera que para autorrepresentarse: se convierte en el prisma a partir del cual el sujeto va a aprender tanto su mundo interno como el mundo de los objetos. Esto significa que una vez interiorizado y asimilado en la trama subjetiva, la investidura del objeto sobre el modo del doble ya no es necesaria y podrá dejar el lugar a una auténtica relación objetal. La alteridad del objeto ya

no representa una amenaza para la identidad; la dimensión reflexiva del espejo psíquico tomará poco a poco su densidad, a medida que el sujeto se borre o se introyecte en el núcleo de su propio proceso reflexivo. El doble podrá entonces establecerse como la tela de fondo de la psique, sobre la cual se van a inscribir los acontecimientos psíquicos sobre una forma reflexiva.

Siguiendo la lógica de ese modelo, podemos –igualmente– pensar que en el lugar de un doble transicional, la falta o el defecto de la reflexividad van a favorecer la emergencia de figuras *no-transicionalizadas* o, más aún, *destransicionalizadas* del doble, sobre el modo de una vuelta a fondo/figura. Esta falta o este defecto de reflexividad pueden traducirse por una ruptura del vínculo dentro-fuera y por la emergencia de afectos de angustia, y pueden ir hasta una vivencia de pérdida de identidad. Este es el caso de las modalidades de doble organizadas esencialmente sobre un modo defensivo, reveladoras de una distorsión del espejo psíquico interno. Como escribe Baranes (2003): «el doble emerge ahí donde no se ha podido constituir como tela de fondo de los acontecimientos psíquicos» p. 224; añadiríamos: *allí donde el objeto no ha podido ser investido como un doble transicional de sí.*

De esta forma, las modalidades de la investidura transicional del doble permiten rastrear la historia de la manera en la cual un sujeto llega a existir psíquicamente y a experimentarse y pensarse a sí mismo subjetivamente, inicialmente en presencia del objeto y después en esta relación singular que lo une a sí mismo. Esta trayectoria comprende diferentes etapas, diferentes tiempos que llevan al descubrimiento y a la construcción de sí por el intermediario del otro, de un otro inicialmente investido como espejo de sí antes de ser aprehendido en su exterioridad, de un otro diferente de sí, pero –sin embargo– semejante a sí.

En este sentido, el concepto de *doble transicional* que proponemos no corresponde ni a un estado de desarrollo ni siquiera a un proceso psíquico particular, sino más bien a un eje de la vida psíquica que pone en el centro de la problemática del devenir del sujeto –problemática que supone, como ya lo hemos subrayado, la participación del objeto–, y esto a diferentes niveles. Dicho de otra manera, el *doble transicional* remite a lo que se podría llamar una *categoría de procesos* que jalonan la trayectoria

identitaria desde las formas primarias de la experimentación de sí hasta las formas sofisticadas de la autorrepresentación. Esta trayectoria retoma las diferentes formas de investidura del objeto doble, hasta su descubrimiento y su interiorización bajo la forma de un espejo psíquico interno.

Sin embargo, aunque centrado sobre la construcción identitaria y sus manifestaciones en el hilo del desarrollo, esta modelización no debe hacernos olvidar el rol que el *doble transicional* cubre en los diferentes niveles de la vida psíquica. Si admitimos que el doble se encuentra particularmente convocado en un momento en el que una amenaza acosa la identidad, tomar en cuenta sus formas transicionales en el desarrollo ordinario del sujeto nos invita a pensar en este concepto, en relación con una pluralidad de procesos y de funciones psíquicas. Ciertamente, el *doble transicional* acompaña y hace posible el despliegue de la trayectoria identitaria, pero se asocia igualmente, siguiendo las dos modalidades que hemos descrito, a diferentes operaciones fundamentales de la vida psíquica, como unificar, separar/diferenciar, reflejar, subjetivar, simbolizar, mediatizar, etc...

Por ejemplo, antes de ser investido en su función reflexiva, el espejo o el objeto doble, será inicialmente investido en su función unificadora o de armonización de las vivencias internas, incluso si esta investidura se apuntala ya en este estadio precoz sobre un vínculo de continuidad en doble con el objeto.

RESUMEN

Los autores se abocan a describir los procesos a través de los cuales un individuo logra construir su identidad, labrarse y pensarse a sí mismo, de entrada en presencia del objeto y luego en la relación consigo mismo, que es su heredera. Para pensar la problemática, ambos se apoyan en tres nociones claves, a saber, la identidad, la reflexividad y el doble, antes de desembocar en la puesta en perspectiva del concepto de *doble transicional*. De esta manera, el doble es considerado como la figura a través de la cual la identidad se transicionaliza, a partir del encuentro con el objeto cargado como doble, simultáneamente igual y diferente de sí. La exploración clínica de los trastornos identitarios permite reconstruir las etapas de la *trayectoria identitaria y subjetiva en doble*, lo que conduce a la organización

interna de un *doble transicional*, es decir, de un espejo psíquico interior vivo, ámbito del encuentro consigo mismo.

SUMMARY

The paper describes the processes through which an individual manages to build his identity, to carve an image of himself, at the beginning, in the presence of the object and then in his relation to himself, an inheritor of the former. The authors find support on three key notions: identity, reflexivity and the double, which lead them to the concept of the *transitional double*. In this way, the double is considered the figure through which the identity becomes transitional, which stems from the encounter with the object invested as the double, simultaneously equal to and different from the self. The clinical exploration of identity disorders enables the reconstruction of the stages in the *identitary and subjective trajectory of the double*, which leads to the internal organization of a *transitional double*, in other words, a living internal psychic mirror, field of the encounter with oneself. ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baranes, J. J. (2003). *Les Balafres du divan*. París: PUF.
- Berthoz, A. y Jorland G. (dir.) (2004). *L'empathie*. París: Odile Jacob.
- Botella, C. y Botella S. (2001). *La figurabilité psychique*. Lausanne-París: Delachaux et Niestlé.
- Bråten, S. (1988). Between dialogical mind and monological reason: Postulating the virtual other. En M. Campanella (ed.), *Between rationality and cognition* (pp. 205-235). Turín: Albert Meynier.
- Freud, S. (1995). *L'inquiétante étrangeté*. En S. Freud, *L'inquiétante étrangeté et autres essais* (pp. 213-263). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1919).
- Georgieff, N. (2007). Neurosciences en psychopathologie: Une psychopathologie plurielle. En R. Roussillon et al., *Manuel de psychologie et de psychopathologie clinique générale* (pp. 507-553). París: Masson.
- Gergély, G. (2005). Naissance de la capacité de régulation des affects. En G. Appell y A. Tardos (dir.), *Prendre soin du jeune enfant*. Ramonville Saint-Agne: Erès.
- Jung, J. (2010). Du paradoxe identitaire au double transitionnel: Le Horla de Maupassant. *Revue Française de Psychanalyse*, 74(2), 507-519.
- Jung, J. y Roussillon, R. (2013). L'identité et le «double transitionnel». *Revue Française de Psychanalyse*, 77(4), 1042-1054.

- Lavallée, G. (2007). Où suis-je. *Revue Française de Psychanalyse*, 71(1), 115-134.
- Nadel, J. y Decety J. (dir.) (2002). *Imiter pour découvrir l'humain*. París: PUF.
- Rizzolatti, G. y Sinigaglia C. (2008). *Les neurones miroirs*. París: Odile Jacob. (Trabajo original publicado en 2006).
- Rizzolatti, G., Fadiga, L., Gallese, V. y Fogassi L. (1996). Premotor cortex and the recognition of motor actions. *Cognitive Brain Research*, 3, 131-141.
- Rosset, C. (1984). *Le réel et son double*. París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1976).
- Roussillon, R. (2004). La dépendance primitive et l'homosexualité primaire «en double». *Revue Française de Psychanalyse*, 68(2), 421-439.
- Roussillon, R. (2008a). La liberté et l'indéterminé. En R. Roussillon, *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité* (pp. 83-101). París: Dunod.
- Roussillon, R. (2008b). Le partage de l'affect et la réflexivité par l'homosexualité primaire «en double». En R. Roussillon, *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité* (pp. 103-119). París: Dunod.
- Roussillon, R. (2008c). *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité*. París: Dunod.
- Roussillon, R. (2009). La destructivité et les formes complexes de la «survivance de l'objet». *Revue Française de Psychanalyse*, 73(4), 1005-1022.
- Stern, D. N. (1999). *Le monde interpersonnel du nourrisson*. París: PUF. (Trabajo original publicado en 1985).
- Trevarthen, C. y Aitken K. J. (2003). Intersubjectivité chez le nourrisson: Recherche, théorie et application clinique. *Devenir*, 15(4), 309-428.
- Winnicott, D. W. (1969a). La capacité d'être seul. En D. W. Winnicott, *De la pédiatrie à la psychanalyse* (pp. 325-333). París: Payot. pp. 325-333. (Trabajo original publicado en 1958).
- Winnicott, D. W. (1969b). La préoccupation maternelle primaire. En D. W. Winnicott, *De la pédiatrie à la psychanalyse* (pp. 285-291). París: Payot. (Trabajo original publicado en 1956).
- Winnicott, D. W. (1995a). L'utilisation de l'objet et le mode de relation à l'objet au travers des identifications. En D. W. Winnicott, *Jeu et réalité* (pp. 120-131). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1971).
- Winnicott, D. W. (1995b). Le rôle de miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant. En D. W. Winnicott, *Jeu et réalité* (pp. 153-162). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1971).
- Winnicott, D. W. (1995c). Objets transitionnels et phénomènes transitionnels. En D. W. Winnicott, *Jeu et réalité* (pp. 7-39). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1971).